

Jenny Swan

El Amor de los Dragones

Libro 2

De Dragones, Amor y Destino

Escena extra inédita

Kilian se entera del regreso de Ava al Reino de los Dragones



Kilian se encontraba al borde de un acantilado, con la mirada fija en el cielo azul. El sol radiante contrastaba fuertemente con su humor **sombrío**, que empeoraba con cada día que pasaba.

Ante su atenta mirada, docenas de jinetes de dragones ejecutaban en vuelo complejas maniobras que ensayaban para escapar de los ataques de los magos. Apenas ayer, tres jinetes habían sido alcanzados en un combate. Dos de ellos ya no vivían.

Tenía los ojos entrecerrados, la mandíbula tensa, las manos apretadas en puños. «¡Demasiado lentos!», bramó cuando un jinete no ejecutó el giro con la precisión necesaria. «¡Si eso hubiera sido un rayo mágico de verdad, estarías muerto!»

Otro guerrero dragón mantuvo el rumbo, pero la cola de su dragón se **desvió** mínimamente de la trayectoria de vuelo. «¡Demasiado impreciso! ¿Cómo habéis conseguido establecer un vínculo con un dragón?»

Allan se acercó a él e intercambió una mirada significativa con Rob, que permanecía en silencio junto a Kilian.

«¿No crees que estás exagerando, Kilian?»

Kilian resopló.

«¡Las nuevas tumbas en el cementerio detrás de Moonville dicen lo contrario!»

Allan volvió a mirar a Rob, que solo se encogió de hombros, pero Allan no lo dejó así. En cambio, adoptó un tono alegre:

«Entendido, hoy nos honras una vez más con tu buen humor. Qué novedad. Pensaba que la borrasca había pasado. Pero el sol y el cielo azul ya no son lo que eran.»

Con los ojos entrecerrados, Kilian se giró hacia él, ante lo cual Allan levantó las manos.

«Si las miradas mataran, ya lo sé, pero alguien tiene que decirte las cosas claras. Eres insoportable. ¡Desde hace días! Podría decir exactamente desde qué día, pero me temo que entonces habría otra tumba nueva en el cementerio detrás de Moonville.»

A Kilian se le escapó un gruñido, pero Rob intervino de manera conciliadora:

«Déjalo estar, Allan. Se siente fatal, todos lo sabemos. Mejorará. Kilian conoce sus deberes y se los toma en serio.»

«Quizás debería no tomárselos tan en serio por una vez y divertirse un poco. ¿Qué dices, Kilian? Solo tú, yo, Thalara y Pearl. Comemos en lo de Siggí un plato de sopa de cabeza de dragón, nos emborrachamos con cerveza de dragón y componemos canciones que nadie querrá escuchar. ¿Trato hecho?»

Normalmente Kilian era receptivo a los intentos de Allan de aligerar el ambiente —aunque no a sus propuestas poco serias—, pero hoy solo apartó la mirada.

«¡Ve a tu puesto!»

En lugar de irse, Allan miró a Rob de manera apremiante, quien tras un rato asintió rechinando los dientes y se frotó los ojos.

«No le falta razón, Kilian.»

Con expresión sombría, Kilian se giró hacia él, la mandíbula tensa.

«¿Tengo que componer música mala?»

«No, deberías tomarte un día libre. Duerme bien, vuela con Thalara por el reino, desconecta durante uno o dos días. Podemos encargarnos de los entrenamientos de las tropas por ti.»

«¡Nadie puede ocupar mi puesto! Y no voy a tomarme un descanso. El reino me necesita. Los dragones me necesitan.»

Allan soltó una carcajada.

«Con todo respeto a tu autoestima, Kilian, pero no eres imprescindible. Deja que Rob se ocupe de tu ingrata tarea durante dos días y relájate. ¡Nos harías un gran favor a todos!»

Kilian le lanzó una mirada sombría. Sabía que era insoportable, pero no podía evitarlo. O odiaba o se rompería. Antes de que sus pensamientos pudieran desviarse hacia ella, cerró sus sentimientos en lo profundo de su ser y negó con la cabeza.

«Solo porque seáis demasiado sensibles para soportar un tono de mando áspero, no voy a descuidar mis deberes. Nadie se hace cargo de mi tarea. Y ahora a tu puesto, Allan, ¡o te toca servicio en la frontera!»

«Oh no, eso es tan aburrido y poco heroico. De todos modos no cruza nadie la frontera desde que...» Se calló bruscamente y encogió la cabeza involuntariamente.

Pero Kilian permaneció rígido, más rígido aún que antes, y no mostró sus sentimientos con ningún gesto.

Desde que se fue Ava, nadie había cruzado la frontera, y antes de eso ningún humano lo había hecho en siglos. A eso se refería Allan. Pero una vez más apartó cualquier recuerdo de ella. No podía soportarlo de otra manera.

Antes de conocerla, casarse con la princesa en un futuro cercano había sido un mal necesario. Desde que la conocía, el matrimonio forzado era impensable para él. No había vuelto a hablar de amor desde que los magos arrasaron el olivar de sus padres y la acogedora granja —tampoco lo hacía ahora. Pero si alguna vez se le ocurriera hablar de amor, esa palabra aparecería en una frase junto al nombre de Ava.

Su corazón se contrajo mientras el nombre resonaba en su cabeza como una dulce tentación. Como un veneno mortal. Como una promesa sin fundamento.

Se había ido. Sin más.

Apartó el recuerdo de ella y lanzó a Allan una última mirada de advertencia. No tenía paciencia para discutir con él.

«O te callas o el servicio en la frontera es tan seguro como...»

«Ha vuelto.»

Las palabras de Thalara lo atravesaron como un trueno. Pero debía de haber oído mal. No podía ser verdad. Aun así, se giró hacia la orgullosa dragona, que se erguía detrás de él sobre la roca, la cabeza de escamas rojas alzada, las poderosas alas pegadas al cuerpo. Sus ojos brillaban con emoción.

De nuevo se coló en sus pensamientos.

«He hablado con su dragón. Es cierto, Kilian. Ava ha vuelto.»

Un sabor extraño se posó en su lengua, dulce y rancio a la vez.

«¿Estás segura?»

«Draco lo afirma, y no mentiría. Para eso chilla demasiado irritantemente y está demasiado alterado. Cómo pude olvidar qué plaga son los dragones jóvenes...»

Nubes de humo irritadas salieron de sus fosas nasales mientras Kilian olvidaba parpadear.

Allan observó a Kilian frunciendo el ceño. No le pasó desapercibido su cambio de postura. «¿Qué pasa, Kilian? Parece como si hubieras visto al rey Eldric desnudo.»

Kilian hizo un gesto desdeñoso y se dirigió de nuevo a Thalara.

«¿Dónde está?»

«Con el maestro Clark. Está entrenando en su arena.»

Una sonrisa fugaz cruzó los labios de Kilian, que no pasó desapercibida para Allan. Desconfiado, entrecerró los ojos mientras su mirada iba y venía con conocimiento entre Kilian y Thalara.

«¿Qué ha pasado?»

Ha vuelto.

Pero Kilian no podía decirlo en voz alta. Primero tenía que comprobar con sus propios ojos que realmente era cierto. Señaló a las tropas en el aire.

«Rob, tú tomas el mando supremo y tú, Allan, lo ayudas.»

Con estas palabras ya se subía a Thalara.

Atónito, Allan lo miró.

«¿Adónde vas? Pensaba que eras imprescindible.»

«Demostradme que podéis representarme dignamente. Y con dignamente me refiero a sin montar un espectáculo.»

Le guiñó un ojo a Allan antes de que Thalara desplegara las alas y se impulsara del suelo a una velocidad récord.

Los dragones acompañaron su vuelo con rugidos atronadores, mientras Kilian ya miraba hacia el noreste. Casi olvidó el saludo que debía a sus hombres, con sus pensamientos exclusivamente puestos en la mujer que había creído perdida para siempre.

El vuelo duró horas y sin embargo para Kilian se sintió como un segundo. El tiempo voló y se alargó a la vez, y cuando la arena del maestro Clark se alzó al borde del bosque, todavía no sabía qué decirle.

Estaba dividido entre el deseo de gritarle y preguntarle cómo había podido largarse sin más, y el deseo de atraerla hacia sí y besarla hasta que olvidara por qué alguna vez había querido irse.

El viento le azotaba el rostro mientras Thalara se preparaba para aterrizar. Y entonces la vio. Estaba al borde de la arena mirándolo. Permanecía rígida, como si le costara creer tanto como a él que se volvieran a ver.

¡Y ella era quien se había ido sin más!

Tan pronto como las garras de Thalara tocaron el suelo, saltó, dispuesto a decirle a Ava lo que pensaba de su huida. Pero con cada paso que daba hacia ella, la ira cedía ante un profundo alivio que se expandía cálidamente en su pecho. Expulsaba el odio. La tensión. Quedaba un sentimiento que nunca antes había experimentado.

Ella no se movía, ni siquiera parpadeaba, mientras él recorría el último metro entre ellos y se detenía frente a ella. No podía hacer otra cosa que mirarla fijamente como a una aparición. Como un regalo dado por los dioses dragones.

«Has vuelto.»

Ella tragó saliva. Lo vio en su grácil cuello. Tragó saliva otra vez antes de abrir los suaves labios.

«Sí.»

No dijo más.

Había querido exigir una explicación, pero no podía. Se veía tan hermosa. Su cabello castaño rojizo estaba trenzado en una coleta severa que resaltaba sus pómulos altos, y su piel brillaba como si se hubiera bañado en polvo de estrellas. Su postura había cambiado. Parecía decidida, y la nueva confianza en sí misma le sentaba bien. Quería saber cómo había llegado a eso. Saberlo todo de ella.

Sin vacilar, tomó su mano. El contacto fue electrizante. No era de este mundo. Tampoco lo era la mujer ante él. Su corazón se aceleró y se paralizó en cuanto su mirada cayó sobre sus labios. Esos labios suaves y seductores. Qué no daría por besarlos una vez más.

Su mirada se posó en su boca, pero de repente algo la sacudió y le retiró la mano. Se sintió como si alguien quitara la roca en la que se había apoyado. El pedazo de tierra firme sobre el que estaba.

Su interior tembló mientras la mirada de Ava saltaba frenéticamente entre él y su entorno. «Tengo que entrenar.»

Y entonces dio media vuelta y salió corriendo de la arena.

Atónito, Kilian la miró alejarse. Tragó saliva. Tragó saliva otra vez mientras su corazón emprendía el sprint de su vida. Quería ir tras ella, no dejarse despedir así sin más, pero una mano familiar y arrugada se posó en su antebrazo.

Era el maestro Clark, que le dedicó una sonrisa serena.

«Dale tiempo.»

«¿Tiempo? ¡Ella fue quien se fue sin más!» Furioso, se giró y solo entonces descubrió a todos los alumnos que se encontraban en la arena. Habían dejado de entrenar y lo miraban con reverencia. ¿Llevaban ahí todo el tiempo?

El maestro Clark se rió suavemente para sus adentros. Su expresión animada sugería que todo transcurría según su voluntad. También el reencuentro entre Ava y él.

Aunque su interior se había transformado en un infierno, volvió al papel del sereno líder de dragones y enderezó la postura.

«¿Podemos hablar sin que nos molesten?»

«Sería un honor.»

El maestro Clark hizo una reverencia y señaló las sombras detrás de la arena. Y Kilian fue con él. Solo una vez miró brevemente por encima del hombro y contempló el camino rocoso que conducía al bosque. Ava corría por él y poco después desapareció entre los árboles.

Se rió sombrío para sus adentros, en su corazón una salvaje determinación. Podía huir una vez, incluso dos... pero jamás una tercera.

Espero que te haya gustado esta escena extra inédita. Si quieres seguir leyendo de inmediato, puedes acceder a través de este enlace al tomo 3 «El fuego de los dragones»

Amazon: <https://www.amazon.es/dp/B0G35T321G>